

LA IGLESIA, SACRAMENTO DE UNIDAD, RAÍZ DE LA ESPIRITUALIDAD DE FRANCISCO PALAU

EULOGIO PACHO

Un recorrido fugaz por los escritos de Francisco Palau revela la presencia dominante de la Iglesia en sus páginas. Las más representativas se concentran en esa preocupación permanente del autor. La problemática eclesial, instalada desde muy temprano en el centro de su vida, discurre por dos cauces: el de la inquisición doctrinal y el de la experiencia vital. Se interfieren y condicionan mutuamente como si fueran movimientos de sístole y diástole. La inferencia del uno en el otro es constante a lo largo de la existencia terrena de F. Palau, aunque en graduación diversa en los diferentes períodos de la misma.

En una primera etapa domina la reflexión sobre la experiencia (hasta 1860); en otra, el proceso es a la inversa: de la vivencia a la indagación doctrinal. En correspondencia a esos ritmos alternos se descubren dos visiones globales de la Iglesia: en el primer período prevalece la consideración de factores externos; en el segundo, predomina la visión espiritualizada y carismática o de comunión. Cabe también otra bipolaridad: al momento del estudio reflexivo corresponde la consideración de lo plural y diverso en la Iglesia; en el momento de la vivencia íntima se acentúa de manera extraordinaria la percepción de la unidad vital o radical.

La separación o diafragma entre ambas posturas se coloca en torno al suceso de Ciudadela de 1860. A partir de entonces la eclesiología palautiana se enriquece y adensa. No sólo porque se concentra en el dinamismo vital de la Iglesia; es porque se expande y se reconcentra al mismo tiempo. La experiencia sapiencial suscita en él ansia de mayor penetración y compenetración. La experiencia — la «eclesialidad» — tiende a cristalizar en eclesiología, es decir, lo «teopático» (en este caso eclesiopático) se vuelve «teofánico», busca cauces para traducirse conceptualmente.

Desde entonces su visión y concepción de Iglesia es resultado de la fusión producida entre la experiencia y la teología. La simbiosis entre ambas produce ese método único de hacer eclesiología.

A través de los escritos y la documentación biográfica se puede establecer comparación cómoda entre los resultados obtenidos en el primer período y la cima de sus aproximaciones al misterio en los escritos de última hora. No hay oposición, ni siquiera heterogeneidad. Las fórmulas del primer esfuerzo intelectual se hallan integradas en la síntesis final. Se van enriqueciendo progresivamente y todo el conjunto se va clarificando y adensando a la luz del conocimiento sapiencial. No hace al caso aquí establecer las etapas de la evolución progresiva. Basta colocarse en el punto final de llegada y arriesgar la reconstrucción global de su pensamiento eclesial.

Al hacerlo se produce necesariamente un doloroso recorte. La vertiente más rica — la sapiencial de «eclesialidad» — se vacía por fuerza en moldes conceptuales, se reduce a «eclesiología» con pérdida inevitable del calor, del álito vital que tienen las intuiciones y descripciones del autor. Ese recorte inevitable adolece además de otros condicionamientos delicados. Si por una parte lo descriptivo y vivencial se somete a esquematismos, por otra, se corre el riesgo de imponer ordenaciones lógicas donde no existen. De hecho, en ninguna parte ha trazado Francisco Palau un esquema orgánico y completo de su doctrina sobre la Iglesia, que anda esparcida fragmentariamente por todas sus páginas. Sortear el peligro de una ordenación poco acorde con las líneas fundamentales y las conexiones internas que guían su pensamiento, es tarea atrevida y aventurada.

Ningún riesgo tan insidioso como la búsqueda de fácil concordismo con el Vaticano II o las corrientes derivadas de él. Si en esta reconstrucción del pensamiento palautiano se llega a semejante convergencia debe tomarse como conclusión, no como premisa.

1. Presupuestos y planteamiento personal

Aunque Francisco Palau tuvo la audacia juvenil de encararse con la naturaleza de la Iglesia en busca de una definición adecuada, no se engañó ni sufrió de utopía. El mismo escrito *De quidditate Ecclesiae* revela a las claras su intento y su postura realista. No persigue cosas imposibles, como una definición exacta de lo indefinible. Hasta el primer libro — el de los axiomas o tesis — se ceñía a reunir los enunciados de la fe y de la teología, que

en su conjunto «delineaban» lo mejor posible la fisonomía de la Iglesia santa. Como quedaba inevitablemente desdibujada, apenas esbozada, quería completarla descriptivamente en los libros siguientes sirviéndose del simbolismo, a través de dos imágenes básicas de la Biblia y con desdoblamiento minucioso de las mismas: la figura de la «ciudad santa» y del «cuerpo humano».

Fuera de casos excepcionales o de consideraciones parciales, lo que le interesa es la visión panorámica y complejiva de la Iglesia. Se da pronto cuenta de que desborda su capacidad de comprensión y sus intentos de definición ¹. Si del lado humano y visible las fórmulas parecen acercarse a la realidad, el fracaso es rotundo cuando se encara con la enjundia, la naturaleza de lo íntimo y vital de la Iglesia. Palau se refugia en lo figurativo, por cuanto lenguaje menos inadecuado del misterio y de la experiencia inefable. Es el instrumento mismo de que Dios se sirve en su revelación. Por eso — dice Palau — el Espíritu Santo en las escrituras Sagradas nos presenta a la Iglesia tras el velo de metáforas, figuras y enigmas. De ahí, que la Biblia sea para él fuente inagotable de simbolismo eclesial y acuda sin cesar a esa cantera de imágenes gráficas. A la hora de interpretarlas recurre asiduamente a la tradición, a los Padres, al magisterio vivo de la Iglesia ². Tiene también a flor de memoria lo que ha estudiado en

¹ Después de haber sentido como una sacudida interior que le encará con la Iglesia en nueva percepción repetirá hasta la saciedad su desencanto posterior al comprobar que le ha quedado sin desvelar la realidad, que sigue viviendo y tratando a la Iglesia en pura fe. De ahí el grito reiterado pidiendo clarificación manifiesta, visión rutilante; cf. MRel 305-306, 384. Al no penetrar en la esencia misma de la realidad, ni siquiera atina con el nombre propio. En coloquio con la Iglesia escribe: «Pero así como no puedes conocer intuitivamente mi naturaleza, mi constitución moral orgánica, las relaciones de todos mis miembros entre sí... tampoco puedes conocer mi nombre» (MRel 118). En el presente trabajo los escritos de Francisco Palau se citan de acuerdo con el siguiente siglario:

Ct: carta correspondiente del epistolario seguida de la fecha

Cat: *Catecismo de las virtudes*

EE: *El Ermitaño*, con su número de serie y fecha

Igl: *La Iglesia de Dios figurada por el Espíritu Santo en el libros Sagrados*

Lucha: *Lucha del alma con Dios*

MM: *Mes de María: flores del mes de mayo*

MRel: *Mis Relaciones con la Iglesia*

VS: *La vida solitaria*.

² Desde el primer escrito deja bien asentado que para él no hay otras fuentes que trasmitan la palabra y la verdad divina. Afirma explíci-

los maestros escolásticos, especialmente Santo Tomás. Todo es necesario, pero insuficiente. Cuando se adentra en la entraña misma del misterio de comunión y pretende traducir lo que son sus intuiciones o experiencias más hondas vacila, se estremece, tiembla: «No pudiéndome apoyar en estas materias en obras escritas sobre ellas, ando con mucho temor y cautela... y en mis dudas busco en las Escrituras Santas y en los Santos Padres y Doctores de la Iglesia apoyo y doctrina»³.

No hace falta leer entre líneas para darse cuenta de que Palau tiene conciencia de sugerir y apuntar novedades, por no haber visto escritos ajenos que le sirviesen de pauta. Estaba en lo cierto. Hoy podrá sonar a corriente su propuesta eclesial, pero no era de dominio público en su tiempo, ni siquiera moneda en curso entre los teólogos de su época, por lo menos de su ambiente y cultura.

Como no existe posibilidad de definición exacta tampoco se da imagen o figuración alguna que agote toda la realidad. El recurso a la multiplicidad se impone inevitablemente. Es lo que hace Palau. Recurre a enfoques diversos, a presentaciones parciales. Iluminándose y completándose entre sí, aproximan mejor al conjunto. Sus propuestas proceden a manera de círculos concéntricos o de planos superpuestos. Son, en el fondo, enfoques diferentes para contemplar y ver la misma realidad. Angulos parciales que convergen hacia el mismo centro. No se excluyen unos a otros, al contrario, se integran y reclaman. Punto de arranque, y en cierto modo razón de todos ellos, es la idea y la conciencia del misterio.

a. *Misterio incomprendible e indefinible*

La condición intrínsecamente misteriosa de la Iglesia es para él dato revelado, constatación o verificación; sobre todo, conciencia.

tamente que «los órganos» que tiene Dios señalados y por los que quiere comunicar sus «lecciones» son estos: «Las sagradas Escrituras y la tradición expuestas por los santos Padres y por el juez y magisterio vivo de la Iglesia» (*Lucha* 62).

³ MRel 135. Tiene conciencia nítida de bordear el peligro al tratar cosas tan íntimas y misteriosas. Y ello a pesar de limitarse a correspondencia personal o apuntes autobiográficos. Confiesa a su dirigida Juana Gratas cuando le comunica el contenido de MRel: «Hay cosas tan sublimes y misterios tan profundos, que temo escribirlos, pero me sirven para mí: Ct. del 15.10.1861, p. 263.

Al sintetizar sus ideas en forma rigurosa sobre la Iglesia las inserta siempre en el credo de su fe, incluso aquellas proposiciones que son simple derivación de lo revelado⁸. Quiere destacar de inmediato que nada puede afirmarse de la Iglesia si no es arrancando del dato de fe: la existencia de la misma es don gratuito de la revelación divina. Después de haberse ensimismado en la contemplación de esa gozosa realidad y haber penetrado en sus intimidades más recónditas se da a la brega de formular conceptualmente su inteligencia mística. Se ve forzado a confesar a la misma Iglesia que se mueve a oscuras, en pura fe, y que apenas consigue extraer algo de lo que se contiene en el artículo «creo en la Iglesia una, santa». Más que entender y comprender hay que creer. Y formula su ya famoso credo eclesial en nueve proposiciones, todas ellas apuntando a la vida íntima y misteriosa de la realidad apenas sugerida en el dato revelado⁹.

La confesión del misterio se hace tanto desde la óptica doctrinal — eclesiológica — como desde la visión teologal — eclesialidad —. Es persuasión o conclusión y es conciencia nítida. La fórmula más simple para enunciar el convencimiento suena así: «Es un misterio que no veremos en esta vida», que sólo se nos manifestará a través de velos y analogías. Sólo en la otra se dejará contemplar a cara descubierta». Las variaciones de ese motivo son abundantes en todos los tonos y claves. Apenas merece la pena insistir⁹.

A quien no esté familiarizado con sus modos expresivos o no conozca la dinámica de su experiencia íntima, le puede asaltar la duda acerca de la postura definitiva de Palau en este punto. Insiste machaconamente en que a partir de 1860 la Iglesia se le manifestó, se le aclaró, se le reveló, se dio a conocer, se le entregó amorosamente. Lo que antes no conocía, ahora le resulta claro, cierto, seguro. Y atañe nada menos que a lo más íntimo y recóndito del ser de la Iglesia. Como si a la ausencia hubiese sucedido la presencia, la vista o visión pacífica y luminosa:

Un mínimo esfuerzo de confrontación textual disipa cualquier duda posible. La gracia mística situada en 1860, en lugar

⁴ Así, por ejemplo, en el *Catecismo*, p. 114-115 y en otros lugares citados a continuación.

⁵ MRel 500-501. Otros textos más reducidos del mismo, p. 294-295, 422.

⁶ Pueden consultarse, entre otros textos, MRel 53, 118-119, 156, 160-161, 326, 330, 396-97, 486-489, etc.

⁷ Ct. del 19.11.1860 a Gabriel Brunet, p. 209; MRel 8, 11, 19-21, 25-26, 40, 205, 243, 394, 430, 481-82, etc.

de aminorar, ha ensanchado la conciencia del misterio. Pasado el lance y la primera impresión, Palau constata que no ha sido más que un entreabrir la puerta, un acuciar el deseo de claridad y transparencia. Fue suficiente para entablar «relaciones amorosas con alguien real y vivo», pero quedó oculta su cara. Continúa sin manifestarse más que en sombras, figuras, vislumbres de lo que realmente es. Crece por eso el ansia, el deseo de comprensión y esclarecimiento, porque la vivencia no logra romper el velo de la fe. Es más, desde ese momento la fe se purifica, se adelgaza y perfecciona porque sometida a la dialéctica de la presencia y de la ausencia, del sí, pero todavía no⁸.

Todo el entramado de *Mis Relaciones* gira en torno a ese eje o torcedor: crear, palpar la realidad misteriosa de la Iglesia, pero oculta bajo el manto de la oscuridad. A cada paso Palau renueva su profesión de fe, reitera su ansia incontenible de luz y claridad; sobre todo, su ardiente deseo de que se rompa la tela de la vida y llegue el dulce encuentro con la Amada para verla cara a cara. Todos sus encendidos coloquios con la amada-Iglesia terminan con idéntico suspiro, con la ratificación del misterio, porque mientras viva en carne mortal «no podrá verla sino bajo el velo del enigma y del misterio y no cara a cara como desea»⁹.

Lo que ahora a duras penas logra entreverse aparecerá luminosamente claro y beatificante en la otra vida, cuando se contemple la «carne glorificada de Cristo»¹⁰. No solo lo ansia y suspira Palau, lo canta en tono vibrante: «Allí veremos de un golpe de vista el objeto de nuestro amor, que es Dios y los prójimos constituyendo en Jesucristo cabeza una sola cosa, que es su Iglesia... No solo veremos a Dios, sino a todos nuestros prójimos: veremos a éstos constituyendo un solo cuerpo bajo Cristo, su cabeza, veremos la Iglesia triunfante glorificada en su carne inmortal: la veremos allí en todo su orden, en su ser perfecto, sin faltarle un cabello de su cabeza... Allí veremos». Infinidad de cosas que se resumen en esto: «la belleza indefinible e indescriptible de la Iglesia». La Trinidad nos «descubrirá sin velos la Iglesia santa»¹¹.

Revolviendo sin cesar en su espíritu la realidad de ese misterio que nunca acaba de desvelarse del todo, Francisco Palau va penetrando tan adentro que tiene la sensación de llegar hasta la

⁸ Cf. MRel 256-257, 299-300, 341, 388-89, 465, 476-77, etc.

⁹ Cf. 89,108, 112-13, 119, 121, 132-33, 146, 165-66, 189, 205, 222-23, 257, 311, 381, 412-13, 430, 458, 478, 489, etc.

¹⁰ MRel 326; cf. Igl 41, 44-45.

¹¹ Igl 44; MRel 121.

raíz más honda del mismo. Aunque las modulaciones son diferentes, siempre se clava su flecha indagadora y suplicante en el mismo flanco. En el fondo, el misterio de la Iglesia es el misterio mismo de la gracia en su dimensión esencialmente comunitaria o compartida, en cuanto reflejo y participación de la comunión trinitaria. De ahí deriva que la Iglesia es reino, es pueblo, es cuerpo místico¹².

Pero Palau va más a lo hondo y escondido del misterio; lo centra más certeramente. El misterio radica en esa organización íntima y vital entre Cristo — cabeza y los miembros, y entre estos entre sí¹³. Con otra formulación, Palau lo identifica en la fusión humanamente incomprensible entre pluralidad y unidad, es decir, en que subsista como unidad de ser y de vida a pesar de que está integrada por tantos miembros y tantos elementos. Bien ponderadas sus incontables afirmaciones al respecto, se descubre que ahí radica para él el carácter «sacramental» de la Iglesia: la multiplicidad de factores externos o visibles y la unidad esencial de la vida participada y comunicada. Los matices y detalles dispersos en infinidad de lugares responden en síntesis a textos como el siguiente:

«Su cuerpo, su constitución, su organismo, las funciones respectivas de cada uno de sus miembros, la perfecta armonía entre cada una de sus partes, las relaciones de cada una de éstas con el alma o espíritu que las vivifica y glorifica, las relaciones entre miembro y miembro, sus glorias, sus grandezas, sus inmensas riquezas, oh, ni el ojo lo vio ni el oído puede percibir, y el corazón humano puede formarse apenas una idea o bosquejo de quién es esa Virgen siempre virgen... sobre la que se reflejan todos los atributos y perfecciones de Dios»¹⁴

Aquí se asienta el corazón del misterio: en la urdimbre de lazos y vínculos vitales que unen a Cristo y a todos los que comunican en la vida, en la gracia, que de él dimana. De ese hontanar brota la unidad irrompible que anima a ese ser personal y dinámico capaz — según Palau — de amar y ser amado. De ahí que esa «persona mística» puede decirse legítimamente Esposa de Cristo, su amada y amante y, a la vez, Amada-Esposa de todo

¹² Cf. MRel 509-510.

¹³ Ib. 45, 53, 136, 262, 395, 460, etc.

¹⁴ MRel 326. Siempre que vuelve sobre la condición misteriosa de la Iglesia reincide en estas afirmaciones fundamentales.

creyente ¹⁵.

La Iglesia no tiene nombre aducado, no admite definición exacta, porque no es posible conocerla en lo más radical de su ser. Es lo que Palau escucha de ella misma: «Así como no puedes conocer intuitivamente mi naturaleza, mi constitución moral orgánica, las relaciones de todos mis miembros entre sí, y la de éstos con la Cabeza, las del Cuerpo todo con el Espíritu, tampoco puedes conocer mi nombre» ¹⁶, quiere decirse, definirme.

Calar en el subsuelo de la Iglesia obliga a señalar dónde se detiene la capacidad humana y dónde se sitúa la estructura nuclear del misterio. Reconocer la imposibilidad de conjugar intelectualmente la pluralidad dispersa de elementos con la unidad de ser y de vida no es más que asir el primer anillo de una cadena. Efectivamente, la Iglesia es el misterio de los misterios, si se quiere el *misterio* por antonomasia, y no sólo en sentido paulino. Francisco Palau conecta desde la Iglesia con todo el misterio revelado, con la universalidad de misterio divino. Quiere decirse que distingue con claridad diversas vertientes en el misterio eclesial. Ante todo, la vinculación de éste con el misterio de Cristo (en todas sus dimensiones y aspectos) y con el misterio de Dios Uno y Trino ¹⁷.

Vertiente también destacada insistentemente es precisamente la del «sacramentum hoc magnum est» (Ef. 5,31-32): el desposorio entre Cristo y la Iglesia, en cuanto se prolonga, desdobra y realiza entre la Iglesia (Cristo y los miembros de su cuerpo místico) y cada creyente, de modo actual y pleno en la Eucaristía ¹⁸. Puede llamarse, en terminología palautiana, «el misterio de la caridad». «La caridad — escribe — dispuestas todas las fuerzas del hombre, y ordenadas a la gloria de Dios y de los prójimos, y siendo estos dos objetos uno solo en la Iglesia, le une con ésta en fe, esperanza y amor, y este matrimonio espiritual entre la Iglesia y su amante es el complemento de todas las leyes, es el sacramento grande y admirable que encierra profundos misterios». Es el matrimonio espiritual «de quien dice el Apostol: "este sacramento

¹⁵ Es como el estribillo de MRel. Si se elimina esta referencia personificada para señalar la unidad radical de la Iglesia, se vacía toda la concepción palautiana en ese libro. Véase la *Introducción* a la ed. del libro, p. 82*-87*.

¹⁶ MRel 118.

¹⁷ Cf. entre otros textos aislados, MRel 319-324, 500-501, 509-510; Igl 41-44, 57, etc.

¹⁸ MRel 97-100; cf. notas siguientes.

es grande, y lo es entre Cristo y su Iglesia" »¹⁹.

Considerada la Iglesia como la obra cumbre de la creación recapitulada en Cristo, resulta natural — casi inevitable — otra vertiente del misterio; la primaria y clásica en San Pablo: Cristo centro de la creación y de la historia reconduce y recapitula en sí todas las cosas. Todas están en función del plan divino realizado por él y para él. Según Palau ese plan o designio misterioso de Dios, para conducir a sí al hombre y a todo lo criado, se identifica con la Iglesia. De ahí que las fórmulas con las que ésta se expresa o describe tienen en su pluma alcance amplísimo, comenzando por la del Cuerpo Místico. Esa dimensión prioritaria del misterio eclesial es una de las propuestas estudiadas por él con notable extensión e insistencia. Volveremos en seguida sobre ella.

b. *Figuración y tipología*

Se repite en los escritos palautianos — especialmente en *Mis Relaciones* — que la incomprendibilidad del misterio eclesial y su indefinibilidad o inefabilidad lleva inevitablemente a buscar figuras, imágenes y comparaciones para ilustrar lo poco que puede alcanzar la inteligencia humana. Se establece correlación natural entre ambas cosas: misterio incomprensible y recurso al lenguaje figurativo o simbólico. La convergencia en este punto con el Vaticano II (LG 1, 5-6) no es paralelismo buscado, menos aún forzado.

Palau asume ese condicionamiento a ciencia y conciencia; lo verifica por reflexión y por experiencia. Lo razona así: «Siendo tal nuestra condición sobre la tierra que no podemos percibir las cosas espirituales, celestes, invisibles, eternas, sino bajo las sombras, figuras y especies de lo visible, temporal y terrestre, el Espíritu Santo en las Escrituras sagradas nos presenta la Iglesia bajo el velo de las metáforas, entre enigmas y figuras de una ciudad, de una vid, de un jardín cerrado, de un campo, de una grey, de un cuerpo humano. Y mirándola por la fe tras las sombras de lo humano, por figuras y especies, nos ha revelado de ella todo aquello que está al corto alcance de las inteligencias que viven en carne mortal»²⁰.

¹⁹ Igl 41 y 44 y la carta del 23.8.1861, p. 243.

²⁰ MRel 327. Cf. Igl 4, 17, 19, 45, 47, 56 entre tantos lugares en que insiste sobre la inevitable figuración de raíz bíblica. En el fondo, se trata siempre de idéntica postura: los elementos estructurales, en los que se fundamenta el concepto teológico de Iglesia, provienen de las imágenes

El obligado recurso a la figura, se vio facilitado por la fantasía desbordante de F. Palau para crear un mundo imaginario de pródiga riqueza en imágenes y símbolos. Se aplicó desde los primeros escritos a indagar en la cantera bíblica y tradicional. Centró la atención en dos imágenes paradigmáticas de la tradición cristiana, convirtiéndolas casi en símbolos: la «ciudad santa», con referencia dominante del Apocalipsis, y el «cuerpo humano», arrancando de San Pablo. Sirven de cañamazo para todos los esbozos posteriores.

Apenas quedará figuración bíblica o patrística que no acuda alguna vez a la pluma de Palau. Y la semejanza con las bíblicas, le permite ampliar el repertorio a otras fuentes de la espiritualidad cristiana. Basta repasar el catálogo-índice redactado como base de su ambicioso proyecto de 1864-1865 para comprobar la amplitud de su información y la riqueza de matices vislumbrados a través de la imagería eclesial. En doce secciones se agrupan los símiles bíblicos y sus aplicaciones: la ciudad ocupa dos secciones; y le siguen por orden: el ejército bien ordenado, la mujer del cordero (con 52 figuraciones), el reino de Dios, el campo, el jardín, la viña y la vid, el rebaño y el redil, la barca de Pedro, el arca de Noé y la sinagoga de Satanás. Otras muchas figuras esparcidas por sus páginas sirven para testimoniar la predilección por el recurso simbólico y el lenguaje tropológico²¹.

De singular interés es otro aspecto de la simbología palautiana: su clave tipológica. El primer contacto con sus escritos, en especial con *Mis Relaciones*, hace sospechar que procede a la buena, que recurre indiferentemente a un símil u otro sin preocupación alguna, como si no le importase respetar la necesaria relación entre significante y significado. Si se pone un poco de atención se descubre una clave oculta, no confesada nunca explícitamente, pero segura. Palau distribuye su figuración eclesial en dos grupos perfectamente definidos: cuando quiere describir o ilustrar la Iglesia en su vertiente exterior o plural acude indefec-

bíblicas, entre las que destaca: reino, congregación, pueblo, cuerpo, casa, jardín, viña, ciudad santa y cuerpo.

²¹ Véase el *Índice* detallado de las láminas que habían de figurar gráficamente a la Iglesia según las representaciones bíblicas distribuidas en doce secciones, en Igl p. [3-4] de ed. moderna anastática [Burgos 1986]. No logró llevar a cabo ese plan ambicioso, pero queda constancia del contenido. Junto a la tipología bíblica aparece la correspondiente a santas famosas, colocadas entre las «mujeres del Nuevo Testamento», en la figura 4^a, en la que se colocan todas bajo el epígrafe «la mujer del cordero».

tible a las figuras de índole natural o moral que implican complejidad o multiplicidad de elementos: nación, sociedad, reino, pueblo, jardín, cuerpo, etc. Lo mismo si son de origen bíblico que si no.

Cuando se centra en la visión de la Iglesia unidad de ser y de vida, cuando la presenta como personificada, recurre indefectiblemente a figuras singulares, por lo general mujeres del A.T. Desfila entonces por sus páginas una tipología bíblica nutrida y muy variada: Sara, Rebeca, Raquel, Lía, Ruth, Ester, Débora, etc. vuelven una y otra vez a su pluma para representar a la Iglesia. Por semejanza con ellas, también cabe la tipología de santas de la misma Iglesia, pero apenas se hacen presentes ²².

Pero la clave tipológica de Palau es más precisa aún. Insiste en que la «figura de una mujer nos describe las relaciones entre Cristo y los santos en el matrimonio espiritual entre Cristo y su Iglesia». Las mujeres de que nos habla el Antiguo Testamento pueden representarla según cuenta su historia ²³.

No se trata de una representación arbitraria e indiscriminada. Cada una de esas mujeres-tipo representa un aspecto, un rasgo, una virtud, una característica peculiar en correspondencia a lo que de ellas dice la Escritura. Así es como se salva la relación tipo-antitipo. En este sentido Palau ofrece una tipología verdaderamente excepcional. Demuestra un conocimiento nada común de la Biblia y de la tradición. Y llega a esta conclusión: «De entre todas las mujeres, María, Madre de Dios, es el tipo más vivo, perfecto y acabado de la Iglesia». Las demás, de que hablan los libros del A.T., «no pueden representarla en toda la fuerza de la figura, porque su historia nos las pinta imperfectas» ²⁴. Punto éste importante de su eclesiología que no debe descuidarse.

Siguiendo la historia sagrada, Rebeca, por ejemplo, será para Palau, tipo y figura de la fidelidad en el amor. «Rebeca — escribe

²² Nombra explícitamente a las santas: Tecla, Agueda, Cecilia, Catalina de Alejandría, Eulalia, Bárbara, Clara, Catalina de Sena, Teresa de Jesús, Magdalena de Pazis, Rosalía y María Egipciaca; cf. nota anterior.

²³ Cf. MRel 50, 327, etc. según las notas de la ed. citada. Al iniciar la descripción de sus «relaciones con la mujer del Cordero» (p. 333) en lo que considera tomo 3º del escrito, añade a manera de subtítulo: «Representada en María, Madre de Dios, en Ester, Judit, Débora, Raquel y demás mujeres célebres del antiguo Testamento» (p. 334 con las notas ilustrativas). La figuración del Apocalipsis (19,7; 21, 9) es una de las preferidas de Palau, junto con la de «ciudad santa de Jerusalén», tomada del mismo libro (19-21).

²⁴ MRel 327.

— es el amor de Dios en soledad, es el tipo del matrimonio entre la Iglesia y Cristo, y los que con Cristo la aman». Siempre que acude a ella será para figurar ese aspecto de la Iglesia, como a Raquel, pastora de Labán, para representar la solicitud por el «rebaño de Cristo», la Iglesia, y a Judit, Ester y Débora para figurar la valentía y la heroicidad en la lucha de la Iglesia contra el maligno ²⁵.

Aunque el desfile de tipos y figuras es constante y variado, Palau organiza sus reflexiones sobre la Iglesia en torno a los que son para él como símbolos centrales: la ciudad santa y el cuerpo humano. Las demás figuraciones son prolongación o desdoblamiento de éstas y le sirven de complemento o ilustración, como sucede con «pueblo de Dios», «pueblo escogido», «congregación de los santos y predestinados», «rebaño-redil-pastor», «vid y sarmientos».

Las dos figuraciones preferidas son complementarias entre sí. Ambas pueden referirse a la Iglesia en general y, hasta cierto punto, darse por equivalentes. No son perfectamente intercambiables. Cada una refleja una vertiente, un enfoque peculiar de la Iglesia dejando en penumbra otros. Conjugadas o superpuestas ofrecen una visión panorámica más fiel y más exacta. En la óptica palautiana la imagen de la «ciudad santa» (equivalente a la Jerusalén celestial) refleja prioritariamente el contenido diverso y plural de la Iglesia: su condición de «pueblo de Dios» que vive en el tiempo o en vicisitud terrena, pero camina a la plenitud consumada en la eternidad. Por ello en esa imagen se destaca más el aspecto externo y visible, aunque esté también reflejado en ella el interior o espiritual. En la figuración del «cuerpo» Palau descubre referencia primaria al aspecto o dimensión interna de comunión y secundariamente a la dimensión externa y temporal. Según queda aclarado, se trata de planos superpuestos o círculos concéntricos para describir idéntica realidad.

Son pautas obligadas para reconstruir la visión palautiana. La precedencia de posibles categorizaciones depende del ángulo de lectura de sus textos, o de la preferencia de un enfoque sobre los demás. Yendo desde la visual más dispersa y amplia hasta la más reducida y concentrada, cabría el siguiente proceso: Iglesia-plan divino de salvación; Iglesia-cuerpo de Cristo; Iglesia-unidad de ser y de vida en comunión.

²⁵ MRel 67, 162-170, 335-39, entre muchos lugares.

2. La Iglesia designio y plan divino de salvación

La Iglesia santa, ciudad mística, tiene por fuerza arquitecto y artífice. Tiene también destino definido en su proyectación y planificación. Francisco Palau no se cansa de repetir que es la obra más grande salida de las manos de Dios. Se complace también en destacar la dimensión humana de la Iglesia. Es comunidad de hombres y para los hombres, por tanto, diseñada para realizarse en el tiempo y en el espacio.

Mirarla así es ver únicamente una cara, la más superficial de la realidad. El pasa con absoluta naturalidad e impelido por impulso irresistible a la otra faz; va a lo hondo y contempla la Iglesia como misterio vivo y salvífico. Sin dificultad alguna entronca las estructuras temporales o pasajeras con el origen y el destino divino de la Iglesia.

«Dios, siendo una inteligencia de una virtud infinita, nada ha producido en el curso de los siglos que no lo haya ordenado en la eternidad. La primera inteligencia allá en la eternidad, *a parte ante*, como arquitecto de inmenso poder, fija la norma que ha de tener la ciudad y cada una de sus partes... No sólo preordena la figura y forma que ha de tener la ciudad, sino que antes de llegar a la ejecución de su plano, predestina y fija el orden, los medios y el cuándo cada una de las partes se ha de trabajar... en una palabra, el supremo arquitecto nada olvida, nada descuida, y su plan, concebido por su inteligencia infinita, queda trazado y delineado con líneas indelebles en su misma purísima mente tan perfecto y acabado, que no es posible, una vez terminado, ni añadir, ni quitar, ni borrar, ni corregir, ni la sombra más mínima de un cabello ²⁶.

Con parecidos términos reitera su pensamiento sobre el origen divino de la Iglesia en cuanto obra de Dios, Uno y Trino. Responde a un plan o proyecto divino, cuyas líneas maestras se describen así:

«Preordenada, pues, la ciudad Santa de Jerusalén por el Supremo arquitecto en la eternidad, *a parte ante*, dice una palabra, y el Verbo eterno, que es Dios, construye la ciudad y ejecuta el plano concebido en la mente divina con tal puntualidad y exactitud que no se mueve la hoja de ningún árbol sino al impulso de su soplo, ordenando el tiempo y cuanto con el tiempo se mueve, *omnia propter electos*; todo para bien de la Iglesia.

²⁶ Igl 11-12.

Y consumados los siglos, pasado el tiempo, viene la otra eternidad, *a parte post*, y en ella se presentará terminada, acabada y perfecta la obra de Dios, la Iglesia Santa, en plena conformidad con el plano preordenado por la suprema inteligencia»²⁷

Quedan perfectamente señalados en estos textos los momentos o situaciones del diseño divino: la Iglesia como designio-voluntad de Dios, su realización temporal-histórica y su consumación escatológica. Es, por consiguiente, el proyecto divino realizado como salvación de toda criatura a lo largo del tiempo. Pese a la parcelación obligada para la inteligencia del mismo, se trata de un único designio salvífico con etapas y realizaciones progresivas, aunque no conozca la fórmula del «sacramento universal de salvación» (LG 1,8).

Francisco Palau reitera insistentemente el concepto y la realidad. Hasta formularla en esta y otras expresiones parecidas: «Entendemos aquí (en el contexto comentado y señalado en los textos anteriores) por Iglesia un cuerpo moral perfecto, constituido de todos los espíritus, ya sean angélicos, ya humanos, bajo Cristo su Cabeza; o la Congregación de todos los ángeles y santos bajo Cristo, su cabeza, no solo de los que ahora existen en la naturaleza de las cosas, sino de los que están predestinados a formar parte de esta gran familia» (Igl 11). En esta concepción se basa también la insistente afirmación de que Iglesia triunfante, purgante y militante no son tres partes distintas y aisladas, sino una sola Iglesia en situaciones diferentes respecto a los miembros que la integran o componen²⁸.

No le interesa destacar en esa definición complexiva la condición de cuerpo (como en otras ocasiones) sino la unidad del diseño divino proyectado y realizado en la Iglesia como ámbito de salvación universal. Es lo que quiere expresar con la reiteración frecuente de la fórmula bíblica: «propter electos». Es también lo

²⁷ Igl 12.

²⁸ Igl 11, 53, 55-56; cf. MRel 210, 501. La razón de esa suprema unidad es siempre la misma: la vinculación a Cristo, según el designio o plan divino: «No hay más que una sola Iglesia, y los del cielo, los de la tierra y los de debajo de la tierra que están unidos a Cristo, todos están contruidos sobre este mismo fundamento», Igl. 20. Por este motivo define a veces la Iglesia como «congregación de los Santos o de los justos»; incluso «de los ángeles, de los santos y de los justos» complexivamente; cf. MRel 35, 39, 59-60, 62, 92-93, 119, 166, 192-93, 209, 229, 233, 278, 457, 498, 503, etc.

que confiesa creer a la misma Iglesia en sus cuitas íntimas: «Fuera de ti no hay salvación, vida ni felicidad, sino agitación y tormento eterno»²⁹.

En su indagación del contenido resellado en la imagen «ciudad santa» - proyecto divino va más allá. Propone una explicación asumida de la teología clásica, pero perfectamente asimilada y notablemente enriquecida en pormenores. Apoyándose en la visión de Juan en el Apocalipsis (21, 9-11) afirma que la «ciudad santa de Jerusalén» aparece en tres puntos de perspectiva, a saber: «1°. La vio en plano, delineada en la mente purísima del supremo arquitecto. 2°. La vio edificándose por millares de operarios en el curso de los siglos. 3°. La vio finalmente acabada, y en su ser perfecto *a parte rei* en aquel estado que tendrá cuando, consumados los siglos, estarán en ella todas sus partes, esto es todos los escogidos, ángeles y hombres»³⁰. En consonancia, con la sugerencia bíblica, puede considerarse la Iglesia en tres periodos, a saber: «1°. La suprema inteligencia la concibe y preordena antes que el mundo fuera. 2°. Su edificación en el curso de los siglos. 3°. Su perfección consumados los siglos»³¹.

Tampoco en este punto la coincidencia manifiesta con el Vaticano II es forzada ni deducida a capricho. Es rigurosamente textual y conceptual. Por lo demás, Palau revela en estos particulares fuentes bien conocidas de la teología clásica³². No estará demás ilustrar brevemente las afirmaciones más representativas a este respecto.

a. La Iglesia «de Trinitate»

Todo el razonamiento supone la afirmación teológica de base, por sabida y conocida apenas insinuada: «La Iglesia santa es "obra *ad extra* de la Santísima Trinidad" »³³. Había escrito en su primer libro, redactado bajo la angustia de una Iglesia en trance

²⁹ Respectivamente Igl 12,53, 55; MRel 501.

³⁰ Igl 13.

³¹ Igl 11.

³² Véase la LG 2-4, 48-51. Punto de arranque del pensamiento palauino es el texto de MRel 322, citado más adelante. El esquema de la Iglesia «ab aeterno» y de su desarrollo en el tiempo sigue claramente la línea tomista *Sum. Teológica* 3,8, 3-4; cf. A. OSUNA, *La doctrina de los estadios de la Iglesia en Santo Tomás*, en *La Ciencia Tomista* 88 (1961) 77-135, 215-266; R. VELASCO, *La Iglesia en la tercera parte de la Suma de Sto. Tomás*, en *Claretianum* 10 (1970) 109-138).

³³ Igl 26; también 1, 4, etc.

de perecer: «Este edificio — de la Iglesia — como nos enseña la fe, no es fabricado por manos de hombres sino por la omnipotencia del Padre, por la infinita sabiduría del Hijo y por la bondad inefable del Espíritu Santo, dependiendo de la mano de Dios tanto en su ser como en su conservación. Así, pues, como sólo la omnipotencia, sabiduría y bondad de Dios pudieron construir este hermosísimo edificio, así nadie más que él puede conservar su belleza y hermosura³⁴. La apropiación a cada persona queda suficientemente insinuada en éste y otros textos copiados. Es sencillo ampliarla con detalles explícitos.

Las personas

De forma sintética resume así su pensamiento: «El Padre es el principio de donde procede; el Hijo es su Cabeza; el Espíritu Santo es el alma que la vivifica»³⁵. La referencia al Padre está constantemente vinculada a su potencia e inteligencia infinitas. Es la suprema inteligencia que, como artífice, la concibe y da forma «allá en la eternidad, a parte ante». «Siendo un agente de infinita virtud concibió, le dio una forma, definió todas sus partes detallando su figura y sitio que cada una de ellas debía ocupar»³⁶.

La función del Hijo en el proyecto divino es central; enlaza con la idea de la realización espacio-temporal. De ahí que se establezca este principio: «Sobre Cristo y sus sublimes atributos y perfecciones está fundada la Iglesia Santa». Puede decirse con verdad, según Palau, que «la Iglesia está en Cristo y Cristo en su Iglesia, siendo los dos una misma cosa; si la Iglesia es una ciudad, Cristo es aquella montaña alta y sublime sobre la que se cree solidísimamente fundada». En la realización del designio divino o del plano del artífice Supremo resulta que «Dios dijo una palabra, y esa palabra es la edificación de la Iglesia en el curso de los siglos bajo el mismo orden que fue preordenada por la eterna Sabiduría». Un texto magnífico de *Mis Relaciones* sintetiza el pensamiento palautiano en lo que se refiere al entronque de la Iglesia en la mente divina y su realización histórica³⁷.

³⁴ *Lucha* 137.

³⁵ MRel 322, 501; Igl 26.

³⁶ Igl 2; cf. 11-12; EE n. 10: 7.1.1969, p. 2.

³⁷ Cf. las láminas 2^a-3^a de Igl. El texto clave de MRel 322. Naturalmente, la relación Cristo-Iglesia domina toda la exposición y toda la visión de F. Palau. Se centra en la consideración de Cristo cabeza del Cuerpo místico.

También se ocupa con detención de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia al enfocarla en la perspectiva del «Cuerpo» o de la comunión de vida. Desde el ángulo de la historia salvífica destaca, como referencia pneumatológica, la bondad-amor del Espíritu en la obra ad extra de la Trinidad y la acción peculiar en el misterio de la Encarnación. Como efusión del amor y de la bondad divina, el Espíritu Santo es el que «unifica, el que coaduna todos los miembros para que no formen más que un sólo cuerpo; es el que con gemidos inenarrables pide en el corazón de sus hijos por todas sus necesidades»³⁸.

La imagen

Por caminos convergentes Francisco Palau llega a la conclusión de que la Iglesia es imagen y reflejo de la Trinidad. Dios no puede menos de dejar impronta de sí en su obra; si la Iglesia es obra — la obra más sublime de Dios — en ella ha dejado su huella. Lo que deduce por reflexión y raciocinio, lo descubre también por experiencia de comunión. La vida trinitaria es comunión de ser. En cuanto esa vida se participa y se derrama por la Iglesia, necesariamente se reproduce de algún modo la intercomunión trinitaria.

Los abundantes textos palautianos rezuman calor, vida, impregnación amorosa, pero también precisión y densidad doctrinal. Sólo algún ejemplo: «No siendo una criatura capaz de representar todas — las perfecciones divinas — crió muchas. Las perfecciones y atributos de Dios comunicadas a la Congregación de los santos del cielo y justos de la tierra, que es la Iglesia, forman en ellos la imagen viva de Dios trino y uno. La imagen de Dios es una sola en todo el cuerpo de bienaventurados y una misma en cada uno de ellos... Por esta razón, sola la Iglesia es su imagen perfecta y acabada... En el cuerpo y cabeza de la Iglesia está con toda perfección esencial y accidental porque en ella solamente están todas las perfecciones divinas que constituyen dicha imagen. Siendo Dios y los prójimo, esto es, la Iglesia santa, la imagen viva y acabada de Dios trino y uno... la presencia de la cosa amada por fe — en el hombre viador — produce el amor perfecto entre los dos amantes. Y los dos son espejo donde mira Dios Trino y Uno su imagen y se complace en ella»³⁹.

³⁸ Cf. *Lucha* 15, 138, 144, 150, 152, 156, 184-85, 244, 284-85; MRel 113, 119, 161, 327, 459-60, 501-502, etc.

³⁹ MRel 508-510; cf. 242, 500 y 277, 300 como imagen de Dios. De la presencia y acción del Espíritu Santo deduce F. Palau la santidad y la in-

b. *La Iglesia, historia de salvación*

El designio divino «ab aeterno» tiene realización puntual en el tiempo. Palau no se cansa de repetir: «Preordenado en la mente purísima de Dios el plano bajo el que se debía construir la Iglesia, vino el tiempo y se levanta con toda puntualidad, se ejecuta con tal exactitud que no falla ni en un cabello»⁴⁰. Ya que Cristo es centro de la creación y de la salvación, la historicidad de la Iglesia está vinculada a la Palabra hecha carne en el tiempo. Así sintetiza el autor el enlace entre proyecto y realización salvífica:

«Llegada la hora fijada por la eterna Sabiduría en que había de salir de la concepción divina y nacer al mundo la Iglesia santa, creada con anticipación la más perfecta de todas las criaturas, una Virgen toda bella y toda pura, el Espíritu Santo tomó la sangre pura de esta Virgen, formó un cuerpo; el Padre crió un alma y se unió al cuerpo; y el Hijo de Dios, al mismo instante, se unió hipostáticamente a la humanidad, y en razón de esa unión hipostática no hay en Cristo sino una persona en dos naturalezas, divina y humana; y esa persona de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Por esta Unión hipostática el Hijo de Dios unió a sí con vínculos indisolubles la naturaleza humana, y ésta en Cristo fue constituida Cabeza de toda la Iglesia»⁴¹.

La centralidad de Cristo en la obra de la creación y de la salvación hace que toda la historia humana — según Palau — sea historia de salvación o historia sagrada. Con fervor entusiasmado recalca que el centro del universo no es el sol material que lo alumbraba, sino Cristo. La suya es una radiante visión cristológica del cosmos, una cosmocristología o una cristología cósmica. «No abundamos en el sentido de algunos, que piensan que sea ese sol material el que deba ocupar el centro del globo del universo, sino la humanidad de Jesucristo y el cuerpo de su Esposa la Iglesia, por la cual ha sido todo criado, y a cuya gloria servirán todas las criaturas»⁴².

Y prosigue en su canto de gloria a Cristo y su Iglesia: «La Hu-

defectibilidad de la Iglesia; cf. MRel 85-86, 217, 226, 313-14, 449, 479, etc.

⁴⁰ EE 7.1.1869, p. 2; cf. Igl 12.

⁴¹ MRel 322. Es el texto clave de su teología sobre la centralidad de Cristo y la Encarnación en el designio divino de salvación.

⁴² Igl 56. Insiste en considerar a Cristo centro de la creación, otra razón o motivo para vincular a él a toda criatura e incluirla de algún modo en la visión más amplia de la Iglesia, plan salvífico de Dios.

manidad de Nuestro Señor Jesucristo es el cuerpo más noble de todos, con tal excelencia, que reúne él solo en sí toda la perfección corporal del sol, de las estrellas y de todos los cuerpos celestes juntos, y por esta razón le compete ocupar el centro de toda la materia creada, recibiendo ésta su claridad, su luz, toda su nobleza y preciosidad de su Humanidad... y por estas sus dotes, atributos y perfecciones, entra en el orden del universo que la Humanidad de Ntro. Sr. Jesucristo ocupe su centro, como verdadero sol de justicia. Donde está la Cabeza, se han de colocar los miembros, donde está Cristo, está su Iglesia; debe por consiguiente considerarse ésta en el medio del Empíreo: no es un rincón del universo, ni arriba, ni abajo, ni a sus extremos, sino en medio de todas las criaturas materiales, habiendo sido éstas criadas para su servicio, recreo, adorno y embellecimiento»⁴³.

Desde esta perspectiva, Francisco Palau considera el universo como la «matriz donde... fue encerrada la Iglesia al tiempo fijado para su santificación, y terminado éste, sale a la luz, respira, goza en un nuevo cielo y nuevo país (Ap 21,1) el aire de vida eterna e imperecedera»⁴⁴. La unidad radical de la Iglesia, lo mismo en cuanto designio de salvación que en cuanto Cuerpo Místico de Cristo, sirve de apoyo al autor para contemplarla en secuencia histórica y en progresivo desarrollo desde el primer hombre hasta la consumación de los tiempos. Un estadio de la misma es «el pueblo de Dios», «el pueblo escogido» y convocado al reino de Cristo. Es la Iglesia del Viejo Testamento⁴⁵. La Iglesia neotestamentaria es continuación y perfección de la antigua por el misterio de la Encarnación del Verbo, fundador de un pueblo universal, de la Iglesia llena de gracia y de verdad⁴⁶.

En apretada síntesis resume así el primer desarrollo de la Iglesia nacida de la unión hipostática del Hijo de Dios con la na-

⁴³ Ib. 56.

⁴⁴ Ib. 55-56.

⁴⁵ La idea ya apuntada en *Lucha* sobre el «pueblo escogido», como historia sagrada o etapa de historia salvífica (p. 140-43), está presente de alguna manera en los demás escritos palautianos y se desarrolla ampliamente en la *Iglesia fugurada*. La culminación de esa etapa preparatoria y la incorporación histórica a Cristo se encuadra en la visión sintética propuesta en MRel 319-324; cf. p. 323. La relación entre Iglesia-pueblo escogido y pueblo de Dios se apunta en diversos lugares: MRel 128, 165. De ahí que la Iglesia católica se presente también como «nuevo pueblo» de Dios: *Lucha* 119.

⁴⁶ Cf. MRel 322-323; Igl 19-20, entre otros lugares.

turalaleza umana.

— A la muerte de Jesús, «su alma, unida hipostáticamente a la divinidad, bajó a los limbos, y allí, como Cabeza unió e incorporó a sí por gloria millares de almas: todas las de los santos padres que habían muerto en gracia y habían satisfecho por sus culpas. En este acto la Iglesia tomó nuevo incremento».

— «Cristo, con las almas de los santos padres formando cuerpo moral, subió a los cielos, y en el empíreo incorporó así, como Cabeza todos los ángeles. Y esta es la Iglesia triunfante».

— «Cristo envió desde el cielo, según había prometido, el Espíritu Santo, que procede de El y del Padre. El Espíritu Santo bajó en el cenáculo como alma (si así se puede decir) a su Cuerpo, a la Iglesia militante ya organizada y formada, para darle vida, virtud, fuerza, fuego, amor. Cuando bajó el Espíritu Santo ya estaba formada la Iglesia, porque Cristo y Pedro eran una misma Cabeza, visible en la tierra la una e invisible la otra en el cielo pero presente a todo el Cuerpo».

— «Los Apóstoles se repartieron todas las naciones del mundo, y los bautizados» se incorporaron a Cristo, desarrollándose y creciendo así su Cuerpo. Fueron incorporándose pueblos y naciones, «y así el cuerpo de la Iglesia corriendo los siglos su curso, fue tomando en la tierra y en el cielo el desarrollo moral de todos sus miembros, creciendo moralmente, como crece la mujer paulatinamente pasando de la infancia a la juventud y de ésta a la edad viril».

Una vez incorporados los bautizados a Cristo, si mueren en gracia, deben limpiarse de toda impureza, permaneciendo miembros de la Iglesia purgante ⁴⁷.

Queda así reafirmada una vez más la unidad íntima entre Iglesia triunfante, purgante y militante. Los incorporados a Cristo «ya estén en el empíreo, ya en la tierra, ya debajo de la tierra, son el cuerpo de Cristo» ⁴⁸. Como siempre, la visión complexiva y amplísima del Cuerpo Místico está entroncada en Palau con la idea del único y universal proyecto divino de salvación en Cristo y por Cristo.

c. La tensión escatológica: en camino hacia la Iglesia celeste

Pese a la crispada y dramática visión de iglesias particulares en trance de periclitar, como acontece en *Lucha*, Francisco Pa-

⁴⁷ MRel 322-325.

⁴⁸ Ib. 325; cf. 458, 500; Igl 20, etc.

lau termina por abrirse a la visión radiante del Apocalipsis y en tonar el himno triunfal de la victoria. La meta, la patria del hombre y de la Iglesia, la última verdadera mansión es la gloria, la Jerusalén inmortal. «El empíreo es el lugar, sitio o local criado por Dios para eterna mansión de su hija predilecta, de la Esposa de su Hijo, la Iglesia Santa. La Iglesia santa triunfante es el fin, a cuya gloria son criadas todas las cosas, y el universo entero»⁴⁹.

La peregrinación histórica tiene culminación triunfal. La carne corruptible se volverá glorificada. «La Iglesia continuará creciendo hasta que llegue a su perfecta edad, esto es, a su última perfección; y entonces aparecerá ante su Padre en cuerpo moral perfectamente organizada bajo Cristo Cabeza visible en su carne glorificada». Es contemplación y expresión predilecta de Palau: «carne glorificada», «carne inmortal»⁵⁰.

La Iglesia terrestre va camino de ese triunfo celeste, de esa transformación radiante. La pluma de Francisco Palau vibra con acentos de pasmo cuando se dispone a cantar la patria verdadera: «Mira, hombre mortal, mira desde tu destierro la ciudad Santa, término de tu viaje, y la verás rodeada, amparada y protegida de montes eternos, inmovibles y solidísimos que la circuyen; y estos montes son las infinitas perfecciones de Jesucristo y sus atributos».

Lo que él tan insistente y apasionadamente suplicó a su Amada-Iglesia, intentó vislumbrarlo y esbozarlo con palabras y frases reiterativas. La manifestación de la misma Iglesia en su misteriosa realidad será como descorrer el velo tupido de la fe viadora: «Allí veremos la Iglesia triunfante glorificada en su carne inmortal, la veremos en todo su orden, en su ser perfecto, sin faltarle un cabello de su cabeza»⁵¹.

Pero mientras llega a colmo de crecimiento, la Iglesia triunfante camina en el mundo peregrina en busca de la patria. Todos y cada uno de sus miembros se hallan temporalmente en situación de viandante: «Somos sobre la tierra viandantes, y nos dirigimos a la Ciudad santa... Antes de llegar, ya vemos entre enigmas, sombras y misterios la gloria que esperamos»⁵². La justicia divina ha de compensar al peregrino mortal de todos sus esfuerzos por conquistar la meta triunfante: «Ya que durante esta vida

⁴⁹ Igl 55.

⁵⁰ Alterna la expresión «carne glorificada» con la de «carne inmortal»: MRel 45, 325-26; Igl 44, 45.

⁵¹ Igl 13 y 44 respectivamente.

⁵² Igl 53.

vida caduca hemos sido peregrinos, y no hemos tenido punto alguno fijo, porque nuestras miserias nos han sacado de todas partes, es justo, tengamos allí... un punto fijo, su sitio estable... una ciudad permanente... que es la Jerusalén celeste»⁵³.

Retrata su esperanza cuando escribe en otro lugar: «Un solitario, con la esperanza de la gloria que se le ha prometido, vive en las aberturas de un monte, angustiado, afligido, errante en las soledades, vestido de pieles, sin casa, sin ciudad: muere éste del mismo modo que el rico opulento, sube a la gloria: ¡ qué cambio!... que halle allí en recompensa de su fe, de su esperanza y de su abnegación un palacio, esto es, un lugar fijo, estable, especial, ordenado a su eterna dicha, es muy conforme a las leyes de la justicia de Dios»⁵⁴.

La peregrinación hacia la patria va pautaada e impulsada por la vida teologal. La marcha del hombre camino de su encuentro final con la Iglesia es un caminar en fe, esperanza y caridad. Conforme a los grados de caridad serán los grados de gloria. También la visión del plan salvífico realizado en la Iglesia le sirve a Palau para insistir en su idea dominante: la ley de gracia, el precepto del amor a Dios y al prójimo, tiene realización plena y cumplida en el amor a la Iglesia, es precisamente eso: Dios-Cristo y los prójimos constituyendo un cuerpo vivo.

Analizadas las funciones de la caridad y de las otras virtudes teologales, concluye a este propósito: «La caridad, por fin, dispuestas todas las fuerzas del hombre, y ordenadas a la gloria de Dios y de los prójimos, elevándole sobre sí mismo, le pone en posesión del amor con el objeto amado, fijado y marcado por la ley, que es Dios y los prójimos; y siendo estos dos objetos uno solo en la Iglesia, le une con ésta en fe, esperanza y amor, y este matrimonio espiritual entre la Iglesia y su amante es el complemento de todas las leyes, es el sacramento grande y admirable, que encierra profundos misterios»⁵⁵.

Y al fin, reposo en los brazos de la madre. Así se figura Francisco Palau la meta del humano peregrinar: «¡Cuán dulce, cuán agradable, cuán deleitable debe de ser el reposo en los brazos de una madre virgen y tan pura cual es la Iglesia triunfante, después de las agitaciones, trastornos y convulsiones horribles de la vida presente! Piénsalo bien, hombre viadante»⁵⁶.

⁵³ Ib. 53.

⁵⁴ Ib. 46

⁵⁵ Igl 41; cf. 3 y 44.

⁵⁶ Y prosigue la frase: «Y peregrino sobre la tierra, no huyas de la

3. Del Cuerpo Místico a la «persona mística»

Según Francisco Palau el «sacramentum magnum» (Ef 5,32) paulino se sustenta en la otra afirmación del Apóstol: «Le constituyó a Cristo Cabeza sobre toda la iglesia, que es su cuerpo» (Ef 1,22). Por ahí inicia él sus indagaciones y deducciones de largo alcance. El entronque cabeza-cuerpo es soporte de lo más atrevido y penetrante de Francisco Palau.

Su vivencia y su conceptualización eclesial terminan siempre con referencia a la idea de Cristo unido vitalmente a los hombres. Quedan en segundo plano las categorías de Reino de Dios, pueblo de Dios, ciudad santa, instalándose al centro de la eclesiología palautiana la idea-fuerza de Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo. Esa idea le parece insustituible si se quiere destacar la unidad vital frente a la dispersión o pluralidad de componentes que integran la Iglesia. Es la categoría que mejor conjuga ambas vertientes: singularidad y pluralidad. Queda aclarado el fenómeno desconcertante de terminología: el paso de «cuerpo místico» a «cuerpo moral/perfecto»⁵⁷.

La preferencia de Palau por esta visión de la Iglesia explica la abundancia y la riqueza de datos acumulados en torno a ella. Cabe afirmar que apenas queda al margen de sus afirmaciones implícitas ningún aspecto de los que la teología antigua y moderna afronta al explicar el concepto paulino de Iglesia-Cuerpo de Cristo. Se impone aquí la selección de los puntos más salientes de la visión palautiana, sin descender a detalles ya ampliamente estudiados⁵⁸.

Iglesia, no te alejes de su presencia, cree lo que te dice esta amorosa y dulce Madre, pon en ella tu esperanza, ámala, y hallarás en su seno la felicidad que buscas. Fuera de ella no hay salvación, fuera de sus brazos hallarás convulsiones espantosas y tormentos horribles que durarán una eternidad». Así termina la hoja de propaganda de la *Iglesia de Dios figurada* e inserta en cada ejemplar de la obra, p. 4. Textos similares abundan en MRel. A título de ejemplo pueden leerse p. 26, 45, 53, 101-102, 103, 197, 257-58, 326; Igl 45. Los textos copiados y las líneas trazadas son suficientes para comprobar la notable convergencia con la propuesta de la LG en su cap. 8, nn. 48-50. Uno de tantos puntos en que F. Palau se sitúa en evanzadilla eclesial.

⁵⁷ Véase la nota siguiente. A tenor de lo expuesto debe aceptarse la equivalencia práctica entre «cuerpo moral» y «cuerpo místico».

⁵⁸ Bajo este punto de vista ha sido estudiada la eclesiología por OLEGARIO DOMÍNGUEZ, *La doctrina de la iglesia como Cuerpo místico según el P. Palau*, en *Una figura carismática*, p. 333-372. Es el mejor trabajo apa-

a. *Cuerpo Místico - Cristo Místico*

Pese a la variedad de figuraciones y a la fluctuación en el vocabulario, no queda resquicio para dudar sobre la categoría que mejor responde a la visión palautiana de la Iglesia. Emerge sobre todas las imágenes y explicaciones la idea de Iglesia-cuerpo. Y se mantiene en preferencia desde los primeros escritos hasta las últimas páginas del autor. Sintetiza mejor que ninguna otra noción el carácter salvífico y sacramental de la Iglesia.

Aunque en alguna ocasión se mantiene en la visual puramente figurativa de «cuerpo», como cuando yuxtapone las dos claves bíblicas «ciudad santa» y «cuerpo humano» (de una mujer), no se olvida tampoco entonces de recordar explícitamente que la razón y la significación de «cuerpo», referido a la Iglesia, es el «Místico de Cristo». Así en la titulación del *liber quartus* en su obra latina. En esa clave debe interpretarse la alegorización — a veces excesiva — de F. Palau cuando habla de la belleza, perfección, armonía y sublimidad del cuerpo de la Iglesia, por referencia al cuerpo humano (con preferencia femenino). Lo mismo cabe afirmar de las frases en que se estira al máximo la analogía entre cuerpo humano y «cuerpo místico», refiriéndose a «carne», «huesos», «venas», «sangre», «miembros», etc.

Como era de suponer, F. Palau arranca de la imagen paulina y a ella se remite de la manera natural. Su primera referencia suena así: «La Iglesia, hija mía — Téofila — come expresa el apóstol San Pablo (1Co 12,27), es semejante a un cuerpo humano vivificado por su alma»⁵⁹. Cuerpo que pocas líneas más adelante se designará con el apelativo aplicado por la tradición cristiana al cuerpo señalado por San Pablo: «Es el cuerpo místico de Cristo vivificado por el Espíritu Santo». Idea y expresión repetidas constantemente en el primer escrito⁶⁰.

recido hasta hoy. Su composición antes de la edición de los escritos más representativos de F. Palau dificulta la verificación de los textos citados a causa de la diferente paginación.

⁵⁹ *Lucha* 91.

⁶⁰ *Ib.* 92. En el mismo libro vuelve de manera explícita o implícita, 244, 248-51, 294-95. Pocos años más tarde, en el opúsculo *La vida solitaria* hacía velada alusión a las mismas ideas: «Habiéndome la Iglesia, por ministerio de uno de sus pastores, impuesto las manos sobre mi cabeza, el espíritu del Señor, *que vivifica ese cuerpo moral*, me mudó en otro hombre, a saber, en uno de sus ministros, en uno de sus representantes sobre el altar en sacerdote del Altísimo», p. 21 según ed. Roma 1976. De estar bien garantizada la transmisión textual (en un versión española) se-

Que la imagen paulina sea para él arranque y apoyo decisivo se comprueba al verificar que acude a los textos del Apóstol incluso en aquellos lugares en que no le interesa directamente la expresión, pero sí quiere asentar principios de base. Así sucede en dos pasos clave de *Mis Relaciones*: cuando quiere esclarecer la relación entre Iglesia-Eucaristía y cuando sienta las bases de la tipología mariana. Escribe en el último lugar: «Cristo, constituyendo cuerpo con todos los ángeles y santos predestinados para la gloria, es la Cabeza de su Iglesia». «Vosotros — escribe San Pablo a los de Corinto — sois el cuerpo de Cristo». Y a los de Efeso: «Constituyó a Cristo — su Padre — sobre toda la Iglesia, que es su cuerpo»⁶¹.

Le es tan familiar a F. Palau la idea de «cuerpo», como referencia a la Iglesia, que no necesita recurrir a términos técnicos para sugerirla. Le basta decir muchas veces «cuerpo» (sin especificación), o «cuerpo de Jesús», «cuerpo de Jesucristo» y otras similares⁶². Cuando quiere aquilatar conceptos, precisar relaciones, apuntar elementos o aspectos es cuando recurre a la terminología alternante de «cuerpo místico»-«cuerpo moral» o «cuerpo moral perfecto»⁶³.

Mucho más que la composición plural y compleja de esa misteriosa realidad, estructurada de alguna manera como el cuerpo humano o a semejanza de él, a F. Palau le interesa la trabazón interna, la urdimbre secreta que permite y obliga a pensar en algo único, unitario y vital. Por eso se detiene muy poco en tratar directa y explícitamente de miembros, componentes y organización de ese «cuerpo». Lo decisivo para él es la presencia de Cristo-

ría la primera ocasión en que usa «cuerpo moral» en sentido de «místico». Clara la referencia al Espíritu Santo animador de la Iglesia.

⁶¹ MRel 319. Para la referencia a Eucaristía-Iglesia p. 94, donde cita en latín el mismo texto de Ef 1,22, colocado en segundo lugar a seguido de 1 Co 12.27.

⁶² La idea implícita y la expresión genérica de cuerpo, por ejemplo, en MRel 56, 72, 94-95, 96-100, 103, 109, 112, 117, 134, 135, 136, 143, 145, 158, 169, 193, 197, 236, 238, 239, 253, 256, 266, 319, etc. - La expresión «cuerpo de Jesús», p. 47; de «Jesus crucificado», p. 279. Muy frecuentes ambas en *Lucha*.

⁶³ Entre los abundantes textos, destacan por la precisión en el uso de «cuerpo moral» de manera explícita: MRel 114, 119, 197, 241, 252, 273, 294, 311, 323, 395, 400, 404, 474-75, 487, etc. - «Cuerpo moral perfecto» aparece, entre otros lugares, en MRel 320-21, 459-60, etc. - «Cuerpo moral y místico» ib. 192-93, 210, 229, 324 y en las cartas citadas anteriormente.

cabeza y de los miembros permanentemente unidos a él sin posible separación más que en la abstracción mental. Esa vinculación irrompible y la presencia-animación del Espíritu en todos y cada uno de los miembros participantes de la misma vida divina es lo que confiere tal unidad a la Iglesia que se puede considerar como individuo, como persona. Todo esto no quiere decir que no conozca y no aluda a otros datos concretos de esa realidad. Apenas queda ninguno importante que no se roce, al menos de pasada e indirectamente, en sus escritos.

En entronque vital y ontológico, tan recalcado, entre Cristo y los miembros de su Cuerpo místico coloca a F. Palau en la línea agustiniana del Cristo Total o integral. Para él sería perfectamente válida la ecuación Iglesia-Cristo Místico. Como repite tantas veces: Cristo formando una realidad única y misteriosa con sus miembros, con los hombres-prójimos.

Queda también documentado en abundancia que, según Palau, el Cristo personal debe conectar necesariamente con el Cristo Total, constituyendo una individualidad peculiar, tan misteriosa como la que se designa con la fórmula «cuerpo místico». Los factores o elementos que la integran o constituyen no forman una massa o acervo informe; tampoco quedan absorbidos de tal manera que pierdan su propia individualidad o realidad. Se trata de realidad no identificable con ninguna otra conocida del mundo físico, social o espiritual. Todo lo en ella integrado es parte, pero el todo es algo real, concreto y distinto de los componentes. Es además algo vital y dinámico que se inserta en el mundo de las relaciones personales. Ahí está el misterio recóndito de la Iglesia: su ser único no tiene nombre propio adecuado.

b. *Unidad personificada*

Esa realidad de orden singular se percibe a la luz de la fe como unión o unidad de comunión de vida real. En ella se realiza en cierto modo un intercambio de vida y de amor semejante al que existe en la Trinidad, de la que es reflejo misterioso. Arranque de toda la trama, según la visión de F. Palau, es la unidad radical y nuclear de ser y de vida. Repite como estribillo que la Cabeza y el Cuerpo, Cristo y los santos, son «siempre, en el mundo intelectual, real y positivo una sola entidad». La separación es sólo obra del entendimiento humano, pero no se da en el reino de la verdad.

Pocas cosas tan repetidas como ese axioma: la Iglesia es una realidad, una entidad, una unidad de vida independiente y diversa de cualquiera otra. «La Iglesia es una entidad y un ser real,

como lo es la Virgen María, Eva, Sara, Rebeca y una mujer»⁶⁴. Se buscan las fórmulas más gráficas y más incisivas para recalcar esa idea dominante: «Existe con existencia y vida propia y especial; ve, oye, entiende, ama, habla y se comunica con los que la aman»⁶⁵. Tan fuertemente impresa está en F. Palau esta persuasión que negarlo equivaldría, según él, a una «herejía» contra el artículo del credo «in unam Ecclesiam»⁶⁶.

No hace falta repetir que semejante unidad no significa negar la distinción entre Dios, Cristo y la Iglesia, como tampoco entre los miembros de la misma⁶⁷. Aunque en esa intrínseca unidad reside para Palau la razón más profunda del misterio eclesial, rebasa todos los moldes conocidos de asociación humana y todas las categorías de comunicación inventadas por el hombre. Careciendo de referencias válidas para una conceptualización de esa unidad vital, incluso acudiendo a los más atrevidos antropomorfismos, F. Palau se orienta decididamente hacia la personificación o individuación.

En la categoría de «cuerpo místico» o moral se proyecta de inmediato la idea de pluralidad y complejidad, quedando como en segundo plano la singularidad y la unidad. Por ello prefiere la idea de individuo, entidad o realidad única para sugerir de manera más fuerte e inmediata esa singularísima existencia. Su pluma se deleita y recrea en afirmar que la Iglesia «vive y es un ser moral perfecto y completo como lo es un individuo... Existe como el individuo»⁶⁸. «Así como el individuo es una realidad individual, así yo, como cuerpo moral, soy una realidad moral; en mí reina un orden mil veces más perfecto... que el que sientes en tu cuerpo material»⁶⁹.

A esta visión personalizada de la iglesia se corresponde la singular tipología palautiana. Tipología singularizada en figuras bíblicas y centrada en María, como único tipo acabado y perfecto. El recurso a la figuración personalizada no es otra cosa que intento de plasmar gráficamente la idea tan acariciada de la individualidad eclesial. No usa F. Palau la expresión técnica y analógica de «persona mística» para designar a la Iglesia. Que acepte

⁶⁴ MReal 321; cf. también 156, 160-61, 395-97, etc.

⁶⁵ MRel 396, todo el texto de 395-97.

⁶⁶ MRel 321. En la comprensión y aceptación de esa artículo se sitúa incluso la prueba de su fe. Cf. MRel 56, 121, 189, 294-95, 396, 422-23, 459-60 y 499.

⁶⁷ Cf. MRel 119-20, 137, 253, 320, 395-97, etc.

⁶⁸ MRel 395.

⁶⁹ MRel 359-60.

el contenido y abunde en términos equivalentes no puede dudarse ⁷⁰. En el fondo, para él, «individuo humano» es igual que «persona», como se ve por los textos reproducidos.

Prescindiendo de la terminología y ateniéndonos a la exposición, hay que colocar a F. Palau en la línea de la moderna teología que insiste en la noción de persona mística, como la más congruente para describir o definir la naturaleza íntima y espiritual de la Iglesia. Eso es lo que él quiere decir cuando habla de la misma como «ser con vida propia», como «individuo» con funciones personales, como figura concreta representada en personajes bíblicos e históricos y como objeto propio del artículo de fe «creo la Iglesia una». Se indica siempre una realidad única, viva, personal, intercomunicada ⁷¹.

Semejante modo de enfocar la existencia singular de la Iglesia apunta inconfundiblemente a la vinculación real y ontológica entre Cristo y los seres que integran su Cuerpo místico. Se trata de unión entre personas, por lo que necesariamente las relaciones resultantes tienen que afectar a lo que es propio de la persona en su vertiente psicológica, moral, afectiva. No es normal la influencia de Cristo-Cabeza en sus miembros forzada, mecánica o antinatural. Por esa, para F. Palau, el influjo vital — que discurre como linfa por el Cuerpo — suscita o produce en las almas correspondencia, es decir, intercomunicación e intercomunidad. La vida de Cristo en las almas es vida compartida e intercomunicada. De ahí que pueda hablarse de un «yo/nos» misterioso, pero inauditamente real, totalmente único y original ⁷².

Evidentemente todo esto desborda cualquier tipología en el orden asociativo y moral. La íntima unidad misteriosa entre Cristo y sus miembros constituye una personalidad peculiar con capacidad de entender, amar y corresponder al amor. Aunque per-

⁷⁰ Ya en *Lucha* al hablar de la eficacia de la oración de la Iglesia ante Dios señalaba que dependía de «la persona que lo pide, que es la Iglesia», p. 248. La idea está latente o implícita en multitud de textos; cf. por ejemplo, MRel 18, 21, 40, 49, 56, 136-37, 262, 395-97, 459-60, 499, 506, etc. En el fondo, asume la idea tomista de «quasi persona mystica»: *Suma* 3, 48, 2 ad 1^{um}; 3, 19, 4 y *Super epistolas Pauli*: 1 Cor 11.

⁷¹ En esa clave debe entenderse la expresión habitual en MRel «la cosa amada», o simplemente la «Amada», según la síntesis de p. 500-501, de manera particular n. 7^o.

⁷² En torno a las fórmulas que se han propuesto para expresar la unicidad, personalidad, unión íntima de la Iglesia, puede verse la síntesis en ANGEL ANTÓN, *El misterio de la Iglesia. Evolución histórica de las ideas eclesiológicas*, II (Madrid, BAC, Maior, 30, 1987) p. 612-625 y 636-639.

sona *sui generis*, no puede en modo alguno, en la visión palautiana, reducirse a mera realidad colectiva de tipo jurídico o asociativo. Por implicar una comunión de vida real y concreta, excluye la simple existencia ideal o abstracta. Como el individuo humano se realiza en la unidad de ser y en la pluralidad de actos y funciones, así sucede en esa persona singularísima que es el Cristo Místico, la Iglesia.

Si se quisiesen enumerar las características fundamentales que, según la visión palautiana, contradistinguen a esa «persona mística», cabría apuntar las siguientes como más determinantes: la comunicación en intercomunión de vida, la perfecta organización interna de miembros y funciones, la unión radical en el ser y en la vida comunicada, la capacidad de relaciones interpersonales entre los miembros y de cada uno de ellos con Cristo-Cabeza y con todos los demás, una cierta existencia o «subsistencia» propia de índole absolutamente carente de comparación posible. Desbordaría los límites de este trabajo intentar colocar la visión personalizada de F. Palau entre las diversas propuestas modernas sobre «la persona mística» de la Iglesia. Quizás los datos aportados por nuestro autor desde su experiencia o eclesialidad sugieren posibles acercamientos entre posturas notablemente divergentes ⁷³.

En cualquier caso lo que sí cabe recordar es el parentesco de la visión palautiana con la de ilustres maestros de la tradición cristiana. Por el filón de la espiritualidad las sorpresas pueden saltar más abundantes de lo que se piensa habitualmente al trazar la evolución de la eclesiología.

⁷³ Naturalmente, F. Palau no se detiene a indagar la naturaleza de esa «persona mística» ni a explicar cómo debe entenderse teológicamente. En sus descripciones y alusiones aparecen datos que le aproximan en ocasiones a la línea de J. MARITAIN, *De l'Eglise du Christ* (Bruges 1970) 35-48. No faltan sugerencias más cercanas a la teoría de H. MÜHLEN, *Una mística persona* (Wien 1964), traducido en español con el título *El Espíritu Santo en la Iglesia*. Salamanca, Ed. Secretariado Trinitario. No conviene forzar los textos palautianos ni es de este lugar. Puede consultarse para una visión del panorama eclesial moderno B. MONDIN, *Le nuove ecclesiology*, Roma 1980; A. ANTÓN, ob. cit., nota 72.